

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Habita el koala en los bosques de la Nueva Gales del Sur, al sudoeste de Puerto Jackson; pero no es muy comun.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Se le encuentra comunmente apareado: trepa á los árboles mas altos, pero con una lentitud que le ha valido el nombre de *perezoso de Australia*. Lo que le falta en ligereza lo compensa con su prudencia y con la atencion que presta á todos sus movimientos: sube á las ramas mas delgadas y no baja de los árboles sino cuando la falta de alimento le obliga á trasladarse á otro por tierra, donde anda mas lenta y torpemente aun que entre el ramaje.

El koala tiene costumbres semi-nocturnas: durante el gran

calor prefiere dormir oculto en la copa de los gómeros; por la tarde comienza á comer. Tranquilo en su retiro, y sin que le molesten los otros animales, aliméntase de los tiernos retoños de los árboles que coge con sus patas delanteras, cortándolos con sus incisivos. A la hora del crepúsculo vespertino baja algunas veces á tierra para buscar raíces, á las que es muy aficionado.

En todo su sér revela una marcada placidez, ó mejor dicho, una estupidez sin ejemplo. Dicese que es muy manso y pacífico á pesar de su aspecto feroz: dificilmente se encoleriza, y sigue tranquilo su marcha sin cuidarse de lo que pasa á su alrededor. De vez en cuando se oye su voz, que consiste en una especie de ladrido, el cual se cambia en grito penetrante

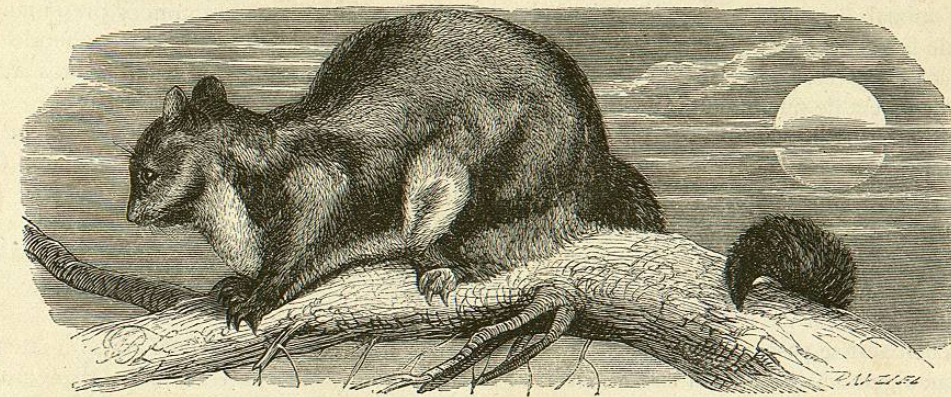


Fig. 129.—EL PETAURISTA DE AUSTRALIA

cuando el animal está hambriento ó excitado. Si se irrita, parece ser su aspecto amenazador; podrán brillar sus ojos, lanzando miradas malignas; pero esto se reduce á meras apariencias, pues el koala no trata nunca de arañar ni morder.

La hembra no pare mas que un pequeño; cuando sale de la bolsa le lleva largo tiempo sobre la espalda, demostrándole mucha ternura y cariño. El hijuelo se coge al cuello de la madre y parece indiferente á todo cuanto le rodea cuando aquella recorre prudentemente el ramaje de los árboles.

CAZA.—Los europeos conocen el koala desde 1803: los indigenas, que le llaman *goribun*, le consideran como la mejor pieza de caza, y le persiguen con ardor trepando como él á los árboles para alimentarse de su carne. No les detiene un tronco de 15 metros de altura; trepan por él, alcanzan la copa del árbol y comienzan allí una caza que haria honor al mas ágil mono. Ahuyentan al koala hasta las ramas mas altas, le tiran desde allí á tierra y le matan con sus mazas.

CAUTIVIDAD.—Como es tan torpe y pesado este animal, cuesta poco cogerle, y por otra parte se somete fácilmente á la cautividad: se domestica pronto, reconoce á su guardian y se encariña con él. Se le alimenta con hojas, frutas, raíces, etc.; para comer se sienta apoyándose en el cuarto trasero y se lleva los alimentos á la boca con las patas delanteras; cuando descansa está en la posicion de un perro echado.

LOS MACROPODIDOS — MACROPODIDA

Nuestro tercer sub-orden está representado por los kanguros, marsupiales herbívoros (*poephaga*), los cuales constituyen una sola familia, cuyos individuos se distinguen menos por us sistema dentario que por su singular y extraño aspecto.

CARACTÉRES.—En la mandíbula superior se encuen-

tran generalmente tres incisivos, entre los cuales el anterior es el de mayor tamaño, y solo por excepcion un canino; en la inferior hay tan solo un incisivo ancho y cestriforme y nunca se nota la presencia de canino alguno; véñse en una y otra mandíbula un falso molar y cuatro muelas.

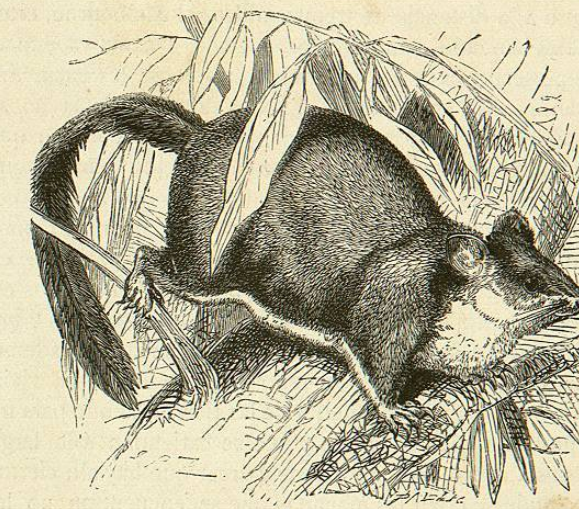


Fig. 130.—EL ACRÓBATA PIGMEO

Los kanguros ó marsupiales saltadores, animales los mas grandes de este orden, representan á los rumiantes y son séres notables y de un aspecto muy particular. Desde la cabeza se va engrosando bruscamente el tronco, y á causa del gran desarrollo de los miembros posteriores, la parte mas fuerte es la region lumbar. La cabeza y la parte superior del tronco parecen como atrofiadas; el cuarto trasero está destinado, casi exclusivamente, á practicar los movimientos, lo cual explica su extremado desarrollo; las patas delanteras solo les sirven de una manera muy secundaria para andar y coger su

alimento. Con el auxilio de sus largas piernas posteriores y de su fuerte cola, pueden dar saltos prodigiosos, con una celeridad que iguala á la del ciervo. La forma de las primeras y de la segunda es característica; el muslo es muy robusto, la tibia larga, el tarso prolongado de una manera extraordinaria; no tiene mas que cuatro dedos, pues falta el pulgar; pero son muy fuertes y largos, y el del medio hállase provisto de una uña en forma de pezuña. La cola es muy larga y mas gruesa que la de ningun otro mamífero de la misma talla; los músculos son muy vigorosos. Comparados con estos parecen como raquíticos los miembros anteriores, sin que esto quiera decir que lo sean, pues su volúmen está en relacion con los movimientos que ejecutan. Las extremidades anteriores, terminadas por cinco dedos provistos de uñas redondeadas, no son, por decirlo así, sino una especie de manos, y de tales sirven al animal. Por su forma la cabeza tiene algo de la del ciervo y de la liebre. Estas pocas palabras bastan para caracterizar á los kanguros, prescindiendo de que, una sola ojeada sobre cualquiera de nuestras figuras, dirá mas al lector que una descripción larga y minuciosa.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Australia es la patria de los kanguros.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Habitan los unos en las vastas llanuras de aquella parte del mundo; viven los otros con preferencia en los sitios donde hay breñas y espesuras; los hay que residen en los bosques mas impenetrables, donde deben abrirse paso rompiendo las ramas y las raíces; y no faltan algunos habitantes en los árboles. Casi todos estos animales son diurnos, exceptuándose las pequeñas especies, que como nocturnas pasan todo el día en lugares ocultos. Algunos habitan en los huecos de las rocas, salen para alimentarse y vuelven apenas han satisfecho sus necesidades.

En la mayor parte de las comarcas de Australia, habitadas por europeos, se ha obligado á los kanguros á retirarse al interior de las tierras. «Actualmente, dice el viejo Bushmann, ó habitante de las selvas, apenas se ve ya un solo kanguro á la distancia de treinta millas de Melbourne; estos animales han sido exterminados, merced á la activa é incesante persecucion de los plantadores; pero se les encuentra en gran número en todas las regiones donde todavía no se ha establecido el europeo. Por mi parte debo confesar que los encontré en Puerto-Philippe en tan crecido número, que durante nuestra permanencia de dos años en aquella comarca pudimos yo y mis compañeros de viaje matar unos dos mil de estos animales. Las condiciones del país son en alto grado favorables para que en él puedan los kanguros establecerse y propagarse; pues está cubierto de grandes é impenetrables bosques, con los que alternan vastísimas praderas, donde encuentran aquellos todo lo necesario para vivir. Abundan aun mas en el interior de las tierras, siendo para mí muy probable que desde este punto se extiendan á lo largo de la costa, y tambien me inclino á creer que hay allí ciertos sitios donde se crían las manadas que se encuentran no lejos del mar.

»Se les ve pastar con preferencia en las llanuras ricas en yerba, las cuales circundan los bosques, ó son por estos circundadas; en verano prefieren las regiones húmedas; y las secas en invierno. Parece que pueden prescindir de beber agua: por lo menos yo encontré muchas veces sitios habitados por estos animales, que estaban situados á millas de distancia de un manantial, y no observé nunca que fueran de noche á ningun abrevadero. Quedéme sorprendido al notar que gustaban de pacer en los alrededores donde pastaba alguna vacada. Cada rebaño de kanguros suele conservar un pasto determinado ó varios á la vez, en cuyo último caso se

establece la comunicacion entre ellos por medio de senderos bien abiertos y marcados. El número de individuos de que se compone cada rebaño es variable: con frecuencia los he visto reunidos en número de ciento, pero mas comunmente en el de cincuenta, lo cual nos dice que son en extremo sociables. Los rebaños formados por las razas mas pequeñas suelen ser menos numerosos, por lo general se les ve dispersos ó reunidos á lo mas en número de una docena. Los individuos de un rebaño no se separan nunca de él ni se mezclan tampoco los rebaños unos con otros: cada uno de ellos está guiado por un viejo macho, al cual siguen los restantes compañeros; lo mismo cuando se trata de huir que de ir al pasto, al modo que las ovejas siguen al carnero guía. A las primeras horas del crepúsculo matutino y vespertino, se les ve pacer, y durante el día descansan con frecuencia horas enteras si no se viene á turbar su sueño: entonces presentan un cuadro enteramente encantador; unos van paciendo tranquilamente, otros juegan y algunos están tendidos á un lado y durmiendo.

»Hasta llegado el período del celo reina profunda paz en los rebaños; pero el amor se hace sentir tambien en estos animales, y especialmente en los machos, que traban con frecuencia encarnizadas luchas unos con otros. Despues de trascurrida la época del celo, los mas viejos suelen separarse del rebaño y se retiran á lo mas espeso de los bosques, donde viven solitarios.»

Debemos fijar especialmente nuestra atencion en las costumbres y el género de vida de los kanguros, pues todo es curioso en estos animales; sus movimientos, su alimentacion, su régimen, la manera de reproducirse, su desarrollo y la inteligencia.

Cuando van en busca de alimento su andar se reduce á un salto pesado y torpe; el animal sienta toda la mano en tierra y coloca sus patas posteriores cerca de las delanteras, cuando no entre ellas; al mismo tiempo apóyase sobre la cola; mas como esta posicion es demasiado fatigosa, no puede conservarla largo rato. Para arrancar las plantas se sienta sobre dicho órgano y las piernas posteriores, dejando caer sus miembros anteriores, y cuando ha cogido una, enderézase para comerla. Entonces parece que su cuerpo descansa sobre una tripode, cuyos brazos estarian formados por los miembros posteriores y la cola. Rara vez se le ve sostenerse sobre esta y tres patas á la vez; no toma semejante posicion sino cuando quiere hacer alguna cosa en el suelo con cualquiera de sus manos. Satisfecha en parte la necesidad de alimentarse, se echa en tierra, con las piernas posteriores extendidas; y si se le antoja comer, permanece en la misma actitud, levantándose únicamente un poco, apoyado en sus cortas patas delanteras. Para dormir adoptan las especies pequeñas la misma postura que la liebre en su cama; están agachados, apoyándose sobre las cuatro extremidades, con la cola tendida; de este modo pueden emprender rápidamente la fuga.

Al mas leve ruido incorpórase el kanguro, especialmente si es un macho adulto, y mira al rededor, levantándose sobre la punta de los pies y la extremidad de la cola; si ve algo sospechoso apresúrase á huir, desplegando toda su agilidad. Salta con el solo auxilio de las extremidades posteriores, dando brinco como ningun otro animal. Recoge los brazos sobre el pecho, extiende la cola, dobla y estira despues bruscamente, con toda la fuerza de los músculos femorales, sus miembros posteriores, largos y delgados, hendiendo así el aire con la rapidez de una flecha, describiendo una curva. Algunos kanguros al saltar toman con su cuerpo una posicion horizontal, al paso que en otros es oblicua; y lo mismo aquellos que estos llevan las orejas caidas por lo regular.

Cuando no le inquieta nada, el kanguro da saltitos de 3 metros de largo, y si se asusta, son dos ó tres veces mas grandes. En este modo de caminar, el pié derecho precede un poco al izquierdo; á cada brinco levanta y baja el animal la cola, tanto mas cuanto mayor sea aquel. Cambia de direccion por medio de dos ó tres saltitos; de manera que no parece servirle la cola de timon. No toca la tierra mas que con los dedos posteriores; jamás cae apoyándose sobre las patas delanteras; hay ciertas especies que las llevan unidas á los costados, y otras que las cruzan sobre el pecho. A un salto sigue inmediatamente otro, y cada uno es, cuando menos, de 3 metros: los individuos de ciertas especies saltan un espacio de 6 á 10 de largo por 2 á 3 de altura. Los kanguros cautivos, perseguidos en un recinto bastante grande, dan saltos de 8 metros. Ya se comprenderá que se necesita un perro excelente para alcanzar uno de estos animales; y á la verdad hay pocos que puedan conseguirlo. En un terreno cubierto de árboles y breñas no dura mucho la persecucion, pues el kanguro franquea los obstáculos, mientras que el perro se ve precisado á dar la vuelta; pero en una pendiente es mas penosa la marcha para el animal, y le seria difícil bajar por ella sin dar una voltereta. El kanguro puede saltar por espacio de dos horas sin cansarse.

En estos animales el oído es el sentido que alcanza mayor desarrollo; segun se ha podido observar en individuos cautivos, mueven continuamente las orejas, al modo de los ciervos; su vista es débil y el olfato bastante imperfecto.

El viejo Bushmann ó habitante de las selvas sostiene que ellos ven, oyen y huelen perfectamente, si bien añade que, como las liebres, no perciben muy bien los objetos que tienen delante y se precipitan, por decirlo así, ciegamente sobre el hombre, en el caso de que este no verifique movimiento alguno, de lo que se desprende que sus sentidos no pueden estar en manera alguna muy desarrollados. Mucho menos lo están aun sus facultades intelectuales: los kanguros no constituyen en este concepto ninguna excepcion entre los marsupiales, sino que son, como estos, torpes y estúpidos en alto grado. Como tengo ya dicho en otro lugar, se califica de torpe al bueno del asno y se habla con desprecio de la inteligencia del buey, y sin embargo, estos dos animales parecen ser verdaderamente sabios, comparados con el kanguro, al que hasta aventaja en mucho el mismo cordero. Todo lo nuevo é inusitado le embaraza y desconcierta, porque carece de aquel rápido golpe de vista necesario para comprender lo que de nuevo haya en las diferentes situaciones y circunstancias. Su inteligencia funciona con mucha lentitud; las diferentes impresiones que recibe, tardan mucho en hacerse comprensibles, y necesita reflexionar un largo rato para orientarse. El kanguro en estado libre se lanza al peligro, ó lo que él juzga tal, á tontas y á locas, sin poderse detener en su ciego ímpetu, y da á veces saltos en los que, segun testimonio del viejo Bushmann ó habitante de los bosques, llega hasta romperse los fuertes y sólidos huesos de sus piernas. Para un kanguro cautivo es cada nuevo lugar de su encierro una cosa en el mas alto grado extraña y embarazosa: si desde los primeros dias despues de nacido creció entre los barrotes de una jaula y se le trasladada á otro punto, es fácil que se estrelle aquí la cabeza, si el guardián no tuvo la precaucion de encerrarle antes por unos cuantos dias en una cuadra, contra cuyas paredes no pudiera chocar fácilmente su débil cabeza, dándole asimismo el tiempo necesario para examinar el nuevo sitio á que fué trasladado. En este caso va poco á poco entendiendo que su nueva morada es casi en un todo parecida á la primera, se acostumbra gradualmente á ella, y luego que se ha ya orientado, da despacito su paseo por la misma. A veces sucede que hay en el encierro otros kangu-

ros: el recién llegado mira al principio á estos, como si fueran animales extraños y horrorosos, siendo él juzgado del mismo por sus compañeros. Véanse kanguros de una misma ó diferente raza luchar violentamente unos con otros, traspasando el enrejado de la jaula, pues son animales suficientemente desarrollados para experimentar pasiones tan bajas como son la envidia y los celos. Los individuos cautivos llegan á conocer á su guardián, pero dudo que lo distinguen de los demás hombres; contraen ciertas relaciones con estos en general, pero no con ninguno de ellos en particular; van deponiendo sucesivamente la timidez de los primeros dias de su encierro, mas nunca llegan á profesar una verdadera amistad.

La timidez es la cualidad dominante en el carácter de nuestro animal, y no pocas veces viene este á ser víctima de ella: algunos individuos cautivos, no solamente se matan á fuerza de dar choques contra el enrejado de su jaula, sino que mueren literalmente á causa del miedo y del terror. Dan á conocer estos sentimientos por medio de una copiosa baba, con la que se ensucian brazos y piernas; intentan con frecuencia quitársela lamiéndose, pero ello es todavía peor: comienzan á correr como locos de una á otra parte de la jaula, agáchanse en seguida, agitan y sacuden la cabeza, ponen en movimiento las orejas y vuelven de nuevo á babear y á dar violentas sacudidas. Así se conducen ellos, en tanto que no ha desaparecido su temor y angustia. Un kanguro, que me dediqué á observar algun tiempo, murió muy poco despues de una fuerte tempestad, á causa del terror. Un relámpago fué la causa de su primera turbacion: el animal como deslumbrado por el fulgor del rayo, comenzó á dar saltos; enderezóse luego sobre sus piernas posteriores y la cola, inclinó la cabeza á un lado, sacudióla violentamente, como agobiado por el enorme peso del fenómeno que acababa de tener lugar; inclinó las orejas en direccion al punto donde se oía el retumbante trueno; dirigió una angustiosa mirada á sus manos mojadas por la lluvia y la baba; lamióselas con verdadera desesperacion; respiró fatigosamente y continuó sacudiendo la cabeza hasta la noche, en la que un ataque apoplético puso fin á su vida antes que su inteligencia llegara á comprender el espantoso suceso.

El kanguro se comporta de muy diferente modo cuando experimenta sensaciones agradables y placenteras: tambien destila baba y sacude la cabeza; pero lleva levantadas con orgullo las orejas y procura expresar sus vagas emociones de alegría por medio de roncós balidos y variados movimientos de las extremidades anteriores. Crece de punto su alegría cuando, despues de largas reflexiones, ha conseguido descubrir que entre los kanguros, sus compañeros de cautiverio, los hay de sexo diferente. No bien se ha excitado en su alma una pequeña chispa de amor, se esfuerza por manifestarlo al exterior, y el enamorado macho no cesa de requebrar á la hembra del modo mas singular: comienza á dar saltos alrededor de ella; sacude repetidas veces la cabeza; deja oír aquel ronco balido, que se pudiera muy bien comparar con una tos sofocada; sigue paso tras paso á su hermosa, que se muestra, sin embargo, en alto grado indiferente; olfatéala por todas partes y comienza luego á acariciarle la cola, que es el mas importante órgano de un kanguro. En medio de todo eso no parece olvidar la bolsa de la hembra; la toca y huele tan á menudo como puede, y cuando ya hace rato que dura esta escena, suele la hembra desdeñosa dar una vuelta y levantarse luego á la presencia del importuno macho. Acércase este al instante dando brinco y con la actitud del que espera un castigo merecido; pero aprovecha un momento favorable y abraza á la hembra, la cual rechaza al importuno, dándole una manotada con las patas posteriores. Sin embargo, des-